LA LITERATURA LATINOAMERICANA DE CERISY A BUDAPEST: EN TORNO AL OFICIO DEL ESCRITOR HISPANO

Roger Duvivier
Université de Liège

Es bien significativo de la urgentísima problematicidad de la coyuntura histórica y cultural de Latinoamérica la asignación del tema «Littérature latino-américaine d'aujourd'hui» a la década de Cerisy organizada y presidida por Jacques Leenhardt del 29 de junio al 9 de julio de 1978. Desde que se iniciaron en la sede primitiva de la abadía de Pontigny los encuentros promovidos a partir de 1910 por el escritor francés Paul Desjardins (con excepción, claro, de las forzosas interrupciones debidas a hechos bélicos y sin que influyera para nada la transferencia del hospedaje al castillo de Cerisy), las famosas décadas han permitido propiciar anualmente la concurrencia de las figuras más destacadas en el dominio de cuestiones humanas de interés apremiante. Al responsable del coloquio aludido, profesor joven y brillante de la E. H. E. S. S., de París, le tocó la herencia de L. Goldmann a consecuencia del prematuro fallecimiento de éste en el 69. Leenhardt no quiere ser protagonizador o adicto de una supuesta línea «goldmaniana», pero trabaja en estrecho contacto con exilados latinoamericanos que en su mayoría reivindican abiertamente tal filiación. Por lo tanto, el encuentro no dejó de presentarse en cierta medida como una continuación del coloquio de Royaumont sobre «Idéologie, littérature et société en Amérique latine»[1]. Leenhardt insistió, sin embargo, en que no se trataba de privilegiar nuevamente el enfoque de la sociología de la literatura. Efectivamente, la parte que se refirió específicamente a esta disciplina no fue de lo mejor, pero el enfrentamiento de lo literario y lo sociocultural se realizó en vivo por el impulso constante nacido de la misma composición de la asamblea.

La mayoría de los conferenciantes eran latinoamericanos, exilados los más de ellos. En cuanto al aspecto profesional, había críticos de oficio y escritores con preocupación o sensibilidad crítica. Estos últimos, todos «latinos» y todos exilados, fueron los que verdaderamente manifestaron una implicación obsesiva en la problemática del exilio. Entre los críticos propiamente dichos no era regla el que el alejamiento del espacio patrio acarreara un cuestionario crucial de la propia práctica: S. Yurkievich figuraba como especialista de una serie de temas contemporáneos y A. Rama como estudioso de otra serie,

[1] **Idéologie en Amérique Latine. Colloque organisé conjointement par l'Institut de Sociologie de l'Université libre de Bruxelles et l'Ecole Pratique des Hautes Etudes de Paris,** Editions de l'Université de Bruxelles, 1975.

Centro Virtual Cervantes

y no venía al caso el que el primero fuera uruguayo de París, mientras el otro llevara su pasaje de vuelta a Caracas.

Dejando aparte la situación aún peor del «exilado del interior», es impresionante el grado de desgarro que sufre en el exilio el escritor de alto vuelo en su condición de exilado de mayor representatividad.

Por supuesto, cada exilio tiene su horizonte individual. Pero Leenhardt tuvo tan buena mano en la elección de sus invitados, que a la zaga de tres literatos tan diversos como distinguidos el público de la década pudo hacer un recorrido de las potencialidades del exilio asumido, desde el apasionamiento espontáneo hasta el intento de una positividad máxima.

Mucha emoción y poca conclusión se dedujo del alegato del ecuatoriano parisiense Jorge E. Adoum. Este dio a su exposición una orientación de corte muy personal, librando un testimonio, por cierto, conmovedor.

El gran novelista paraguayo A. Roa Bastos, huésped de una universidad francesa, habló de la condición del narrador latinoamericano. Era inevitable que su intervención estribara en un juicio de su propio papel como creador, sobre todo de **Yo el Supremo** [2]. Esa obra maestra, que evoca mediante una maquinaria escriturística compleja la figura del dictador Rodrigo Francia, gozó de una atención privilegiada en la década. Jacques Leenhardt destacó en ella una ilustración polifacética de la paradoja en que se fundamenta el poder dictatorial, según fue advertido ya por el pensamiento renacentista, especialmente en fórmulas de la Boétie [3], y otros teóricos, recogidas en el margen del libro de Roa Bastos. El crítico paraguayo R. Bareiro Saguier, profesor de la Universidad de París [4], se dedicó a analizar las funciones dentro de **Yo el Supremo,** en aplicación de las teorías de Bremond, sin desatender, por lo tanto, la ilación significativa del sistema con los datos históricos en juego. Aunque por puro accidente o defecto de organización Roa habló antes de B. Saguier, el escritor pareció inclinarse más bien a favor del tipo de abstracción universalista, no demasiado comprometedor, del crítico francés. Pero si el novelista no quiso meterse con la historia patria, ¿a qué venía la elección de un tema histórico relevante y su tratamiento tan a contrapelo de la falacidad de la historiografía relativa al caso? El hecho es que Roa, visiblemente abrumado por la magnitud de su resonancia tardía, no quiere ser ningún adalid ni tiene corte para eso. Supe luego que en ocasión anterior había defendido la especificidad referencial de **Yo el Supremo,** arrepintiéndose por fin, al parecer, ante la incomprensión de un auditorio universitario francés. Serán varios los motivos que inducen a Roa a que acentúe su natural reserva. El violentísimo debate que se armó en torno a sus posiciones —debate que él toleró por exceso de su cortesía— rayó a ratos en la indecencia.

«Acabemos de una vez con el mito de que la literatura salvará a Latinoamérica y también con el mito de que Latinoamérica salvará a la literatura», exclamó un pontífice de la crítica brasileña. Molestia del estamento de la crítica iberoamericana más instalada, ren-

---

[2] Siglo XXI, Argentina, 1974. Reimpresiones en siglo XXI, España.

[3] Se trata del tema bien conocido de la «servidumbre voluntaria».

[4] Por supuesto, Rubén Bareiro Saguier se salva, con unos pocos, de lo apuntado arriba acerca del enfoque de los críticos de oficio. Aunque la serenidad de una crítica profesional puntillosa puede ser muy preferible al espíritu de capilla llevado hasta el terrorismo intelectual en peñas de supuestos críticos «militantes», exiliados con pelo y señal.

BOLETÍN AEPE Nº23, OCTUBRE 1980. Roger DUVIVIER. LA LITERATURA LATINOAMERICANA DE
Centro Virtual Cervantes

cillas y divisiones del exilio a nivel de su dimensión sociológica mezquina: la convergencia de intolerancias peregrinas y reparos ácidos no hizo más que poner de relieve lo que la modestia del propio Roa soporta mal, a saber, que el arte de su pluma contribuye, si no a fundar, por lo menos a mantener la conciencia histórica y cultural de su nación, en un momento de eclipse gravísimo de la misma. El escritor no es omnipotente, pero su obra sí tiene algún poder cuando falta todo lo demás y urge echar mano hasta del mito para que se perpetúe algo.

Evidentemente, no puede menos de dolerle a un autor que su obra se convierta en sustituto de una realidad que se debilita en los hechos y de la que él pasa a ser depositario en tanto que se resigna a fantasearla.

Ante semejante situación, Julio Cortázar, basándose en su temperamento extremadamente enérgico, asume una actitud completamente voluntarista. No sólo tomó abiertamente a cargo para el escritor la tarea de portador calificado de los valores dañados, sino que reivindicó que la toma de conciencia de los exilados latinoamericanos se realice favoreciendo como denominador común entre las varias nacionalidades, en vez del reconocimiento de la impotencia, el espíritu de resistencia. Para lograrlo propuso un ejercicio de la voluntad y la imaginación que indica el camino de un verdadero trastrueque valorativo de la relación entre opresores y oprimidos. Es inútil que se comente aquí el llamamiento que lanzó con ese fin, pues se ha podido gestionar la publicación del original español del texto en este mismo número del Boletín. El texto habla de por sí. Cortázar tiene además en el contacto humano un calor que ganó para sus posiciones el aplauso general del bullicioso auditorio de Cerisy.

—oOo—

Hablando de concierto sobre el concepto de literatura impulsadora no cabe silenciar el debate esclarecedor a que dio lugar el acercamiento semiótico a la poesía cubana actual realizado por el profesor H. G. Ruprecht en el sentido del análisis de una retórica involucrada en una movilización social.

En su proposición orientadora J. Cortázar había lanzado la imaginación al asalto del poder. ¿Qué le ocurre a la literatura comprometida cuando el poder ha cambiado de manos y las artes pasan de la turbulencia guerrillera a la incorporación dentro de un plan de sociedad?

A los veinte años casi de la Revolución parece que no les va mal a los poetas comprometidos en Cuba, sean veteranos o novatos. Asombra verdaderamente la cantidad, calidad y coherencia general de la cosecha traída por Ruprecht de sus frecuentes viajes a Cuba. La plena aquilatación del fenómeno fue favorecida en la discusión por el valioso testimonio de B. Pelegrín, profesor de la Universidad de Aix-en-Provence, dotado de experiencia docente en Cuba [5].

No deja de sorprender que la relativa evacuación de la veta de lírica subjetiva se compagine con una floración poética no sólo de amplio consumo, sino también de extensa com-

[5] Excelente muestra de la producción aludida es la antología bilingüe de B. Pelegrín publicada en la revista **Sud**, hiver 77-78 («Révolution poétique et Poésie révolutionnaire. Cuba à travers les poètes de la Révolution (1956-1977)», Rijois, Marseille). Benito Pelegrín es estudioso de Lezama Lima y especialista del barroco, o sea testigo desinteresado y verdaderamente exterior en sus opciones «a priori».

Centro Virtual Cervantes

binatoria temática y formal [6]. Por otra parte, es importante señalar que la palabra «consumo» resulta aquí algo impropia, puesto que el movimiento poético se desarrolla al paso del ensanchamiento del consenso social obtenido a raíz de las realizaciones alcanzadas con el resultado de que el «consumo» creciente de la poesía debe interpretarse a su vez como una forma de adhesión activa al proceso en curso. De tal forma, producción literaria y lectura forman parte de una práctica social en la que la creación o el aprecio de la belleza literaria no se conciben ya como un objetivo separado de un conjunto de prácticas. O sea que se hace o se vende poesía para vivirla, no para que se atesore en libros a guisa de un capital cultural que la sociedad va acumulando a través del tiempo. En principio, es «poesía para tirar», y si merece conservarse será por añadidura.

¿Se trata o no de un cambio irreversible en el enfoque de la función literaria? No vamos a sacar conclusiones precipitadas ni exclusivas (la gloria de Lazama Lima no se ha extinguido, el tema subjetivo no ha perdido toda aceptación) [7], pero ya es tarde para reducir el fenómeno al tamaño de una simple secuela del entusiasmo revolucionario inicial.

Claro, no se ha apagado todavía la memoria del mártir («Cuando las balas cesaron, quedó en su poder únicamente la sonrisa») [8], ni la ola del fervor de las campañas, ninguna de ellas más emocionante que la aventura de la alfabetización («escribía deletreando.../ .../ En la mesa rodeada por los cañaverales, / era el comienzo de la poesía...») [9]. Es lo de menos, y para el futuro inmediato o lejano es prometedor lo enunciado en versos de R. Fernández Retamar [10], definidor autorizado de una orientación cultural «tercermundista» [11] ampliamente integradora y mutidimensional: «y claro que hay aquí lugar

---

[6] Bien lo marcan las divisiones de la antología de Pelegrín, que empieza con los rótulos «Cuba, une île», «La Révolution» y, después de pasar por «Les travaux et les jours de la Révolution», concluye con los apartados «La place pour l'amour», «La place pour le rêve» y «La main tendue».

[7] Aunque suele matizarse de algo otro, como esa luna que aparece completamente desasida de la caprichosa tramoya romántica al ser evocada por Eliseo Diego como «vieja, sagrada» (Pelegrín, **op. cit.**, pág. 166) con sentido cósmico y animista. Hay hasta casos en los que hay que contar con el fondo afrocubano.

[8] C. Vitier, julio de 1973, in Pelegrín, **op cit.**, pág. 88.

[9] C. Vitier, in **op. cit.**, pág. 132.

[10] Definidor, no inquisidor, pero sin desconocer que el primero de esos términos puede usarse en la jerarquía eclesiástica: se sabe que el primer descalzo desempeñó un cargo de definidor en la Reforma carmelitana. Será fácil perdonar al militante Retamar que demuestre en su cargo una reciedumbre de la que sólo un santo se salva en los cargos cuando pasa a atacar desde ellos a sus contrincantes. Los de Retamar son los escritores que él considera aliados disfrazados del imperialismo, debido a su más o menos velada tendencia a historicista. Notemos que en la ponencia de J. P. Borel, de Neuchâtel, la relativa asimilación del autor Fuentes al personaje Artemio Cruz distó mucho de contradecir la acusación escapismo deliberado que Retamar lanza al célebre y ambiguo escritor mejicano. Véase al respecto E. Dehennin en el número 8 (diciembre 76), págs. 5-6.

[11] Adjetivo valorado por Todorov acerca de **Cien años de soledad** en una ponencia admirable. F. Retamar hace unas propuestas en pro de un «mestizaje» cultural que no incida en la exclusión o recuperación falsa de las culturas «salvajes» (cfr. mi artículo sobre el método J. E. P. de Yázigi en el número anterior). Objeto de reflexión obligatorio del hispanista en su librito «Caliban Cannibale» (Ed. Maspero, coll. Voix), programa de una cultura latinoamericana sintética y militante efectivamente dialéctica: «Todavía estamos prácticamente sin bautizar: que si latinoamericanos, que si iberoamericanos, que si indioamericanos. Para los imperialistas... ser criollo, ser mestizo, ser negro, ser, sencillamente, latinoamericano..., es desprecio» (discurso de F. Castro en F. Retamar, **op. cit.**, pág. 64); ahí yace lo que se pretende cambiar «desde Girón».

BOLETÍN AEPE Nº23, OCTUBRE 1980. Roger DUVIVIER. LA LITERATURA LATINOAMERICANA DI
Centro Virtual Cervantes

para el amor...»; al cabo de una extensa concatenación de encabalgamientos calurosos el poeta concluye: «Habrá siempre lugar (creo) para el amor.»

Las citas a través de Pelegrín, como se concreta en las notas, por el simple hecho de no tener a mano los textos comentados por Ruprecht. No importa la procedencia, siendo fiel el reflejo de la materia manejada. Y que se me perdone la breve estancia en la isla. Para que no resulte francamente desesperante, el tema del exilio exige un mínimo de contrapunto [12]. Eso para la gente común por lo menos. Consta que Cortázar, por su parte, supo salvarse del pesimismo sin referirse en sus palabras a nada que no fuera el exilio en sí mismo.

—oOo—

Y nada más sobre Cerisy. Quien quiera enterarse más deberá hacerse con las actas del coloquio en cuanto se publiquen en la conocida colección 10/18.

Del Congreso Internacional de la Asociación Europea de Profesores de Español (AEPE) casi no diré nada, pues merced a la iniciativa del Departamento de Español de la Universidad de Budapest en ese caso también habrá actas. Tuvo su mérito la parte de estudios hispanoamericanos del programa de Budapest (hubo más bien exceso de ponencias o, mejor dicho, falta de tiempo en vista de la riqueza de sustancia), pero la parte de didáctica de las lenguas es la que a todas luces merece nuestra mayor atención en tal coyuntura y eso será mejor reservarlo quizá para otra oportunidad.

Me limitaré a evocar las condiciones en que me fue dado transmitir y poner en discusión la sustancia del texto pronunciado por Cortázar en Cerisy [13]. La comunicación con-

---

[12] En Cuba el escritor sí tiene estatuto. B. Pelegrín, al describirlo, da con la clave de la continuidad creadora del movimiento, irreversiblemente relacionada, al parecer, con un dato de sociedad: «la propriété littéraire n existe pas à Cuba. L'écrivain n'est pas obligé d'écrire pour vivre. Il peut cependant vivre, sans angoisse, avec la certitude d'être édité... Il ne percoit pas un traitement pour son oeuvre, mais on lui procure un emploi qui lui permette de la réaliser à l'abri du besoin. C'est ainsi que de nombreux écrivains sont lecteurs dans les maisons d'éditions, membres de jurys littéraires et artistiques, chercheurs dans les bibliothèques, professeurs d'université...» (op. cit., pág. 17). Aparte de eso, B. Pelegrín tendrá, como cada cual, su visión personal matizada de tal o cual aspecto de la «línea» cubana (apasionadamente debatida por mis alumnos el año pasado con ocasión de una visita en nuestro seminario de su excelencia el embajador de Cuba en Bélgica), y no es cuestión de que se desenvuelva aquí un alegato apologético en pro de ella. Pero ateniéndose al aspecto de la política cultural, que es el que aquí más viene al caso, destacaremos con Pelegrín que Cuba es incluso asilo de escritores perseguidos en otras partes: «René Depestre, le poète et écrivain de langue française, réfugié à Cuba depuis sa condamnation à mort par Duvalier, m'expliquait que sur sa demande, il avait obtenu un an de congé avec salaire pour pouvoir terminer son dernier roman» (B. Pelegrín, op. cit., pág. 17). Es exactamente lo opuesto de «las becas siniestras» otorgadas por las juntas de turno a los exilados latinoamericanos del exterior, y eso ni lo contradice Padilla, cuyo encarcelamiento, comprensible motivo de inquietud y alboroto en Occidente hace unos años, fue sólo una breve peripecia, penosa por cierto, en la carrera de un escritor revolucionario (según atestigua Ruprecht, el «caso Padilla» es cosa obliterada desde hace tiempo en Cuba, y el propio Padilla no se considera —y menos quiere ser— un caso entre los poetas cubanos, no obstante las inquietudes que se perpetúan a su propósito fuera; cf. V. G. E. Dehendin, Ibídem.

[13] Se trató, en realidad, de una versión española del texto francés que realicé con la colaboración de mi buen amigo argentino profesor de español en Suiza. La fotocopia del original español que me había mandado J. Cortázar para el Congreso de Budapest se perdió por increíble e irrisoria fatalidad. El texto que se publicará luego en las actas de Budapest se debe a una nueva expedición de una copia del original. Permítaseme agradecerle a Julio Cortázar su incansable gentileza.

BOLETÍN AEPE Nº23, OCTUBRE 1980. Roger DUVIVIER. LA LITERATURA LATINOAMERICA
Centro Virtual Cervantes

cluyó un seminario dedicado a temas hispanoamericanos. No cabe ocultar que, en ausencia del carisma personal de Cortázar, la aceptación distó mucho de la calurosa adhesión de los concurrentes de Cerisy. Los especialistas presentes, y entre ellos unos latinos exilados, se inclinaron a ver en las palabras de Cortázar un alegato personal y casi apologético, que representaría la continuación de una tesis inaugurada en una polémica sostenida en su tiempo con José María Arguedas acerca del exilio. Afortunadamente el sector estudiantil y algunos profesores de español de varia procedencia advirtieron algo alentador en la responsabilización patente de Cortázar, verificándose a nivel del elitismo y de la micropatria que viene a ser el exilio calificado lo que la Biblia proclama de los peores tropiezos del profeta...

BOLETÍN AEPE Nº23, OCTUBRE 1980. Roger DUVIVIER. LA LITERATURA LATINOAMERICANA D
Centro Virtual Cervantes